

Domingo XXXIII Tiempo Ordinario

Malaquías 3, 19-20a; Tesalonicenses 3, 7-12; Lucas 21, 5-19

*“Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá;
con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”*

14 Noviembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“A LOS QUE HONRAN MI NOMBRE LOS ILUMINARÁ UN SOL DE JUSTICIA QUE LLEVA LA SALUD EN LAS ALAS”

Un niño de 12 años, el protagonista de la película *“Vivir para siempre”*, exclama: *“Hay cosas en la vida que son perfectas de principio a fin, pero no lo sabes hasta que las has vivido”*. Se trata de un niño enfermo de cáncer que ve que se acerca el final de su vida y quiere vivir intensamente cada momento. Quiere hacer realidad sus sueños de niño en el poco tiempo que tiene y no deja pasar un día sin aprovecharlo como un regalo. Es un niño con pocos años que sabe ver las cosas perfectas en una vida imperfecta, la luz en la oscuridad, la vida a las puertas de la muerte, la alegría en el dolor. Hay cosas en nuestra vida que son perfectas de principio a fin, pero muchas veces no nos damos cuenta, porque nos quedamos angustiados en la imperfección. No tenemos la mirada de ese niño, no valoramos lo que tenemos y buscamos lejos los tesoros que están escondidos en nuestro propio corazón. El niño de la película quería vivir para siempre, tal vez como nos pasa a todos. Él pensaba que a través de su propia historia, contada por él mismo y dejada como memoria de su paso por esta vida, seguiría viviendo cuando ya no estuviera aquí. Lo mismo soñamos nosotros. Tememos morir y que nos olviden. Tememos que nuestra vida no deje una huella visible. **Severo Sulpicio, al contar la vida de S. Martín de Tours, a quien hemos celebrado hace unos días, decía:** *“El deber de los hombres es conseguir una vida inmortal más que un recuerdo inmortal. Mas, no habiendo vivido yo como ejemplo, al menos he intentado no dejar en sombra al que debía ser imitado”*. La vida de los que son modelo para aprender a vivir merece la pena ser contada. Es lo que ocurre con la vida de S. Martín o la vida de ese niño de la película. **El recuerdo vivo de los que supieron vivir nos anima a vivir nuestra vida de una forma muy diferente.**

Lo cierto es que hoy las lecturas nos hablan de UNA FORMA NUEVA DE VIVIR EN CRISTO. Se trata de llevar una vida fundada sobre LA CONFIANZA Y LA PERSEVERANCIA, EL ABANDONO Y LA FIDELIDAD. Decía Jesús: *“Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”*. Lucas 21, 5-19. Son palabras claves para hablar de nuestra entrega en el seguimiento a Dios. Él es fiel y estará con nosotros hasta el final de los días; esa seguridad nos da paz y alas para volar más alto. Decía **S. Gregorio:** *“Como si dijera a sus discípulos: “No os atemoriceis. Vosotros vais a la pelea, pero soy yo quien peleo. Vosotros sois quienes pronunciáis palabras, pero yo soy el que hablo”*”. Es la seguridad que encontró una joven cristiana llamada Maritana, hace muchos siglos, cuando encendió dos velas y las dejó junto a la imagen de la *“Almudena”* encerrada en la muralla. Una Virgen oculta con dos velas encendidas nos da seguridad, porque Dios siempre es fiel, María es fiel. No estamos solos, es Dios el que habla en nuestra defensa, es Él el que vence en nuestras batallas. La fe de una humilde mujer se reflejó en dos velas que nunca se consumieron. Su fidelidad se mantuvo ardiendo casi cuatro siglos. Dos velas que no dejaron nunca sola a María, dos velas que representan nuestra entrega. Dos velas que la acompañan y le recuerdan todo el amor de un pueblo que la recordaba. Maritana amaba profundamente a María y ya no temía. Creía que ese muro protegería siempre a su

Madre en el peligro. La fe de Maritana era inmensa. La fe es necesaria para creer que las velas no se van a apagar. El amor es necesario para que las velas se mantengan encendidas. Fe y amor van unidos para siempre. Tal vez, cuando escuchamos todo esto, podemos sentir que estamos muy lejos del ideal; **sin embargo, quien no pone antes sus ojos grandes metas, grandes ideales que parecen inalcanzables, está condenado a arrastrarse por el camino de la mediocridad.**

LOS PELIGROS AUMENTAN EL MIEDO. NUESTRA VIDA ESTÁ LLENA DE PELIGROS. El temor es la ausencia del amor. Jesús nos dice: *“Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a la cárcel y os harán comparecer ante reyes y gobernadores, por causa mía. Así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán por causa mía”*. Maritana escondió la imagen de la Virgen al producirse la invasión musulmana. Ante el peligro del odio y la violencia, lograron esconder a María para que no fuera profanada. El miedo lleva a proteger esa imagen que tanto querían. El miedo ante lo que no controlamos puede hacer presa de nuestro corazón. Jesús nos pide que no tengamos miedo porque Él nos dará las palabras adecuadas, nos dará la fortaleza que necesitamos y hará que nuestros pies no se cansen nunca de recorrer los caminos. No obstante, Jesús nos habla con claridad y nos previene ante los peligros: *“Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida.”* Luego les dijo: *«Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo”*. Dice **S. Gregorio**: *“Hieren menos las flechas que se previenen”*. Y añade: *“Debe referirse a las cosas que guardan el orden de los tiempos; porque lo que sucede con orden no es señal”*. Mucha gente vive con miedo mirando el futuro y tratando de descifrar signos que hablan del final del mundo. Se preguntan como los discípulos: *“Ellos le preguntaron: “Maestro, ¿Cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?” Él contestó: «Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre, diciendo: “Yo soy”, o bien: “El momento está cerca”; no vayáis tras ellos”*. No sabemos cuándo va a llegar la cruz, no conocemos el futuro de este mundo. Con frecuencia perdemos la esperanza. Justamente los textos apocalípticos parecen describir una situación que todavía no ha ocurrido y tratan de dar esperanza y paz. En su mensaje hay referencias a los peligros y dificultades que ha de vivir el cristiano en su camino. Las palabras de Jesús tratan de hacernos ver el final del camino, nos alientan, nos animan y hacen que levantemos la mirada a lo alto buscando al que nos da la vida. **Jesús no quiere que tengamos miedo, porque sabe que el pánico nos puede paralizar.**

VIVIR CON MIEDO NO ES NADA SANO, como nos lo recuerda el doctor Jorge Carvajal: *“El temor, que es la ausencia de amor, es la gran enfermedad, el común denominador de buena parte de las enfermedades que hoy tenemos.”* Y **Eduardo Punset** decía en el Congreso de la felicidad que tuvo lugar en Madrid: *“La recomendación es no tener miedo. La ansiedad nos pone en estado de alerta, es útil. Pero no hay que confundirlo con el miedo porque nos paraliza”*. El miedo nos paraliza y nos enferma. El miedo nos hace esconder lo que más valoramos detrás de una muralla. Nos hace proteger nuestra vida y la de los nuestros, porque nos da miedo perderlos. Creamos murallas con velas encendidas en su interior. La muralla es símbolo del temor. El muro protege y encierra, guarda y aísla. El muro es signo de seguridad, pero puede condenarnos en la soledad. El muro protege la vida pero también la puede matar. El muro es necesario para defendernos y puede llegar a ser un obstáculo que no nos permita amar sin reservas. En la vida nos construimos muros que nos protegen, evitando al mismo tiempo que nadie nos hiera. Defendemos nuestra vida de las ofensas, porque nos da miedo resultar heridos. Lo terrible es que el muro que

construimos para defendernos, puede al final apagar nuestra vida. Tenemos muros que deberían caer para permitir que otros entren en nuestra vida, pero nos cuesta demasiado doblegar su firmeza. Los muros nos pueden aislar e impedir que amemos con todo el corazón. Guardan nuestra vida limitando la entrega. Tenemos que saber que los muros que construimos en nuestra vida tienen ese peligro. El muro no nos deja vivir con libertad. *¿Cuáles son los muros que hemos levantado en nuestra vida? ¿Cuáles son los miedos de los que nos protegemos? ¿Qué nos paraliza para amar con todo el corazón?*

La fe y la confianza de Maritana sorprenden, porque creyó que unos simples muros mantendrían fiel el amor; pero también nos sorprende la fe de Alfonso VI que, en Mayo de 1.085, al escuchar la historia de aquella Virgen, creyó en su poder. Su fe lo llevó a postrarse y hacer un voto solemne: “Si conquistamos Toledo, prometo buscar la Imagen de Santa María de la Vega, hasta que consiga encontrarla”. Toledo cayó ante el avance de las tropas. Y en el mes de noviembre, el rey regresó a Madrid, dispuesto a cumplir su voto. Pero Santa María de la Vega seguía sin aparecer. Agotados todos los recursos, Alfonso VI decide recurrir a la oración. Y organiza una procesión, encabezada por él mismo. La procesión discurre en torno a la Almudayna, o fortaleza amurallada de Madrid. Al llegar al cubo de la muralla cercano a la Almudayna, unas piedras se derrumban: María de la Almudena está ahí. Pero no está sola. Junto a ella permanecen a su lado dos velas encendidas, sin consumirse. La fe del rey y la fe del pueblo logran que la grieta se abra en la muralla y aparezca María y el fuego de las velas. Hace falta mucha fe para que se rompan los muros y surja la vida. **Hace falta mucha oración para que se abra la grieta y dé paso a la luz. Hace falta mucha fe para creer en los tesoros escondidos.**

Hoy las LECTURAS HABLAN DE DOLOR Y DE CRUZ Y NOS HABLAN DE LA IMPORTANCIA DE LA FIDELIDAD: “Mirad que llega el día, ardiente como un horno: malvados y perversos serán la paja, y los quemaré el día que ha de venir-dice el Señor de los ejércitos-, y no quedará de ellos ni rama ni raíz. Pero a los que honran mi nombre los iluminará un sol de justicia que lleva la salud en las alas”. Malaquías 3, 19-20a. Malaquías muestra el camino de la luz para aquellos que honran a Dios, para los que se mantienen fieles. Igualmente Jesús nos habla del día final que muchos esperan: “En aquel tiempo, algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo: “Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido”. **S. Cirilo comenta:** “Los discípulos no habían comprendido la fuerza de sus palabras y creían que hablaba de la consumación de los siglos”. Son textos apocalípticos que quieren fortalecer el corazón de los que escuchan. El mensaje es siempre el mismo: confianza en la fidelidad, porque Dios está a nuestro lado. El día en que puede llegar el final no lo conocemos y no tenemos que perder por ello la paz. El mensaje es siempre de esperanza: **Dios trae la salvación y quiere reinar en nuestra vida,** como vemos reflejado **en el salmo:** “El Señor llega para regir los pueblos con rectitud. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan; aplaudan los ríos, aclamen los montes al Señor, que llega para regir la tierra. Regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud”. Sal 97, 5-6. 7-9a. 9bc. Para ello tenemos que vivir en Dios, llenos de su amor, tal como comenta la beata **Isabel de la Trinidad, carmelita,** respecto a su propia vida: “Creer que un ser que se llama El Amor habita en nosotros en todo instante del día y de la noche y que nos pide que vivamos en unión con El, he aquí, os lo confío, lo que ha hecho de mi vida mi cielo anticipado”. **La presencia de Dios en nuestra vida es la que nos hace fieles y logra que nuestra vida encarne de forma anticipada el cielo aquí en la tierra.**

Las velas encendidas en la muralla son el reflejo más claro DEL AMOR VERDADERO QUE SE MANTIENE EN GUARDIA SIEMPRE, PERSEVERANDO. Como decía el **P. Kentenich:** “No hay amor sin sacrificio. El amor vive del sacrificio, así como la llama se alimenta de la cera. El

sacrificio alimenta el amor. Pero también al contrario: el sacrificio es el fruto del amor”¹. El miedo de Maritana salvó a María, porque la amaba. No era un miedo que paralizara su vida, era más bien un miedo que llevaba a la acción. El amor mueve a la acción. El amor protege. Dice **S. Gregorio**: “El que sufre con paciencia la desgracia se hace fuerte contra todas las adversidades. Por esto dominará venciendo a sí mismo. La posesión del alma consiste en la virtud de la paciencia, porque ésta es la defensa y la raíz de todas las virtudes. La paciencia consiste en tolerar los males ajenos con ánimo tranquilo y en no tener ningún resentimiento con el que nos lo causa”. La paciencia nos habla de la perseverancia que necesitamos para enfrentar las dificultades, para vencer todos los miedos. Eso es lo que nos falta con frecuencia. Así lo explicaba **el P. Kentenich**: “Todas las mañanas nos ponemos a disposición del Señor, queremos cumplir la voluntad del Señor, queremos cumplir la voluntad de Dios y pender de la cruz junto a Él; pero, apenas las cosas se nos ponen difíciles, saltamos de la cruz. ¡Qué infantiles somos!”². No somos pacientes. Ante las pequeñas dificultades de la vida nos falta la fe necesaria para mantenernos firmes cuando se trata de vivir fieles al camino trazado. Necesitamos la paciencia en un mundo que no entiende que los procesos son lentos. No podemos vivir nuestra vida a toda prisa. El otro día me decía una madre: “Es curioso, el tener hijos te enseña a vivir el presente y a vivir la vida con más lentitud, sin hacer muchas cosas que haríamos si no tuviéramos niños pequeños”. En esta ciudad tan agitada, llena de prisas y preocupaciones, tenemos que cultivar una vida llena de paciencia. Es necesario ser más pacientes; en primer lugar, con nosotros mismos, porque nos cuesta ser condescendientes con nuestros límites e incapacidades, con nuestras caídas. Al mismo tiempo, es fundamental educar nuestra paciencia con los que nos rodean, con los que más amamos, con los que son diferentes a nosotros. Por último, la vida tiene sus ritmos y es necesario saber que la paciencia es fundamental para enfrentar las contrariedades de la vida, la imposibilidad de realizar todos los sueños que tenemos. ¡Qué difícil es ser pacientes! Pacientes para educar, para acompañar, para esperar, para vivir. Pacientes en la enfermedad y en la cruz. **Pacientes con el tiempo de Dios que no es nuestro tiempo.**

Ante los peligros que amenazan nuestra vida tenemos que tener la única actitud que nos da vida: LA ACTITUD DE LA CONFIANZA. Con nuestros muros, cerrados o ya rotos, tenemos que confiar. Se trata de cuidar la fe en un Dios que nos cuida y la confianza en que todo va a ser para nuestro bien. Es necesario confiar en ese Dios que es Padre y no se desentiende del hombre como nos lo recordaba **Benedicto XVI en Santiago**: “¿Cómo se hubiera revelado a los hombres si no quisiera velar por ellos? Dios es el origen de nuestro ser y cimiento y cúspide de nuestra libertad; no su oponente. ¿Cómo el hombre mortal se va a fundar a sí mismo y cómo el hombre pecador se va a reconciliar a sí mismo?” Necesitamos a Dios en el camino. Sólo si confiamos en su mano protectora podremos aceptar la cruz y el dolor. Podremos cambiar el corazón y, al cambiarlo, cambiar al mismo tiempo nuestra realidad. Hace tiempo leí **el cuento del agua hirviendo, la zanahoria, el huevo y el café**. Dice el cuento que, cuando la zanahoria cae en el agua hirviendo, siendo dura, se reblandece con el calor. Muchas personas, ante los momentos difíciles, en lugar de mantenerse firmes, se ponen blandas y no saben hacer frente a la cruz. Por su parte, el huevo, blando por dentro y duro en su cáscara, al sufrir el calor del agua que hierve, se endurece en su interior. Es decir, refleja la actitud de aquellos que, ante la dificultad, crean un muro en torno a su corazón para no sufrir tanto, para rechazar el dolor y poder así sobrevivir. Por último, el café molido, cuando cae en el agua hirviendo, tiñe todo con su esencia, con su color, olor y sabor. Hace así referencia a aquellos que, ante la cruz, cambian la realidad con su vida. Lo interesante es que la zanahoria y el huevo no logran cambiar las propiedades del agua. Sin embargo, el café transforma el agua totalmente. **La actitud positiva en el dolor es la que nos permite cambiar la realidad que nos rodea.**

¹ J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, 13 Febrero 56

² J. Kentenich, “Santidad, ¡Ahora!”, 156

Muchas veces no tenemos fe y no confiamos en el poder de Dios, cuando no creemos que detrás de los muros de nuestra vida imperfecta se encuentre Dios. Nos falta fe para encontrar a Dios en muchos corazones que parecen fríos. Nos falta fe para ver luz y calor detrás de los muros. Decía **José Luis Martín Descalzo**: "*Un corazón desconfiado envejece enseguida*". Necesitamos fe para entender que la realidad que vemos es muy distinta a la que soñamos, pero que es perfecta porque es el camino que Dios ha preparado para nosotros. Nos falta fe para creer en los milagros sencillos de una vela no consumida por amor a María. La fe no nos alcanza para creer en el don de Dios en tantas vidas, incluida la nuestra. Es esa mirada que es capaz de ver que las cosas pueden ser perfectas de principio a fin. Nos gustaría transformar este mundo que Dios nos regala. Querríamos ser semilla de un mundo nuevo. Sabemos que tenemos límites e incapacidades, conocemos nuestra debilidad, pero **contamos con un Dios que tiene paciencia con nosotros, que es fiel en todo momento y, lo más importante, que confía en todo lo que puede lograr simplemente con nuestro sí humilde y sencillo.**

Jesús nos invita hoy a perseverar en nuestro camino, en la dificultad y en la cruz. María nos acoge como Madre y nos da la paz que necesita el alma. Ella nos da la fuerza para mantenernos firmes y fieles en el camino. Ella acepta nuestra pobreza y la eleva hasta el corazón de Dios. Decía **San Juan Crisóstomo**: "*Una Virgen, un árbol y la muerte eran los símbolos de nuestra derrota. Los mismos son causa de nuestro triunfo. En vez de Eva, María; en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la Cruz; en vez de la muerte de Adán, la muerte del Señor.*" La victoria nos viene por María. Pero nosotros estamos obligados a esforzarnos, a cuidar nuestra vida y a trabajar en medio de las dificultades. Decía **S. Pablo**: "*No vivimos entre vosotros sin trabajar, nadie nos dio de balde el pan que comimos, sino que trabajamos y nos cansamos día y noche. Cuando vivimos con vosotros os lo mandamos: El que no trabaja, que no coma. Porque nos hemos enterado de que algunos viven sin trabajar, muy ocupados en no hacer nada. Pues a éstos les mandamos y recomendamos, por el Señor Jesucristo, que trabajen con tranquilidad para ganarse el pan*". *Tesalonicenses 3, 7-12.* Tenemos capacidad de entrega y de lucha. El **P. Kentenich** nos lo recuerda: "*Haríamos bien en convencernos de que en nuestra naturaleza existe una tendencia innata a la renuncia, a la entrega y al sacrificio*"³. **Sólo la renuncia nos hace madurar y crecer.**

LA CORONA DE MARÍA, NUESTRA REINA, ES EL SIGNO DE LA VICTORIA Y EL MOTIVO DE NUESTRA ESPERANZA. La imagen de la **Almudena** fue coronada como Reina en 1948. María ya es Reina y, cuando la coronamos, le damos el poder sobre nuestra vida. Cuando experimentamos nuestra debilidad, cuando percibimos que no somos capaces de mantenernos en pie en medio de la batalla, suplicamos que reine María. En aquella coronación le pidieron a María tres cosas que hoy siguen siendo muy necesarias en nuestra vida. En primer lugar le pidieron que nos regalara la confianza filial. Dejar que María reine es reconocer que dependemos de Dios, que nuestra vida está sujeta en su corazón de Padre. Esa confianza filial es la que imploramos de María cada vez que llegamos al Santuario. María reina y nos ayuda a soltar las riendas de nuestra vida. En Ella confiamos y nos abandonamos. En segundo lugar le pidieron que nos hiciera lugar de encuentro para muchos. Quisiéramos ser esos corazones en los que los demás puedan descansar. *¿Cuánta gente descansa estando a nuestro lado? ¿Damos paz a los que nos rodean? ¿Son nuestras palabras y gestos signo de acogida y sosiego?* María tiene que transformar nuestros corazones con su poder de Reina. Ella puede lograr poner paz allí donde hay desorden y malestar. Por último, le pidieron que aumentase el celo apostólico de los que a Ella se consagrasen. Un celo apostólico que brota de la necesidad que tiene el corazón convertido de entregar la vida recibida. **No nos podemos callar lo que se nos ha dado gratis, no podemos dormirnos y llevar una vida mediocre. María nos necesita.**

³ J. Kentenich, "Santidad, ¡Ahora!", 150